

ha ejercido ya la revolución francesa, como los «Derechos del hombre» traducidos por Nariño, y las «Cartas de Suba» de don Joaquín Camacho, documentos todos que muy sigilosamente llegaban a nosotros, se desbordó el torrente de la tolerancia, de la justicia y la igualdad, estancado por más de trescientos años en nuestra tierra; apenas fué eso la expresión vehemente de un deseo que, aun cuando grande, justificado y noble, ha podido fracasar ante el poder de los españoles o realistas, ante el bizarro empuje de las celeberrimas legiones dignas descendientes del héroe de Covadonga o inclito Pelayo, y del gran Capitán o bravo y estoico militar vencedor en Pavía.

La dura alternativa de su desonra fué, por más de nueve años, de incalculables sacrificios para Colombia. Más de nueve años desesperados gastamos para coronar la obra, para culminar la cima, para llegar al sitio por la suerte destinado a recibir en él la imprecida recompensa de nuestros esfuerzos y fatigas.

Era Boyacá el campo escogido o reservado para levantar allí el mejor de los trofeos de la independencia suramericana; para construir en él, el primero y más firme pedestal del soberbio capitolio o monumento que la gloria eterniza de nuestro inmenso continente, y en donde debía quedar oculto o eclipsado para siempre, el sol que Carlos V con alguna propiedad llamó de los dominios españoles.

Fué allí el teatro de la grande acción heroica, de la célebre jornada o hecatombe militar que, digna de los cánticos de Homero, selló definitivamente la independencia de Colombia y aseguró la base, o fué la fuente bautismal de las otras o demas de la causa solidaria.

Fué allí, en donde el fulminante acero del patriota, con su violenta y temeraria carga, anonadó a Barreiro y a Jiménez; como arrolló a Morillo en las Queseras del Medio, y escarmentó a Boves en las alturas de San Mateo; como sucumbió a Morales en el Juncal; a Cajigal, a Calzada y a Latorre, en Carabobo; a Aimerich, en Riobamba y en Pichincha; a Laserna, a Villalobos y a Menet, en Ayacucho, verificada la expiación de Cantera en Junín.

Fué allí, en donde después del desesperante, del azaroso torneo, del implacable, sangriento pugilato que el dios de la guerra nos impuso; el Omnipotente para premiarlos quiso que sobre las armas patriotas fulgurara en esa tarde el sol de ocaso, e incandescente u opaco, sirviera de funeral al soberano señorío de España.

Fué allí, en donde el clarín de los guerreros patrios, el aire hendiendo de la cordillera andina, a las playas de la culta Europa llevó el anuncio del bárbaro desastre; que ya el dominio colonial ibero se hallaba agonizante, porque en aquellos campos, epitafio triste de su magna historia, el coraje y la

bravura del contrario, su ardienta o pugnacidad, en polvareda había convertido las aguerridas huestes españolas; que ya Colombia se llamaba libre, sobre el titánico esfuerzo de las armas peninsulares, y aun cuando al muy caro precio de la robusta sangre de sus valientes defensores.

Los días de regocijo público, señores, como su nombre lo indica, de general, activa animación; y es por eso, que hasta en la más humilde casa del labriego, el tricolor nacional se ostenta con orgullo y engalana hoy las poblaciones de Colombia.

El es el mismo estandarte de la razón y del derecho que rebelde se inflamó para recorrer triunfante, desde Orinoco al Potosí Argentino, el suelo americano, tremolando siempre activo y enhiesto, en la grisosa penumbra, en la empinada cumbre, en la elevada cresta o ventisquero de los Andes.

La fresca brisa que con suavidad lo mece, recordación debe ser para nosotros de la que por primera vez azarció nuestra cuna emancipada o blando lecho de nuestra nacional infancia: los pliegues que en incesantes undivagaciones o erizamiento se deslizan, la reconstrucción o alegoría del desfile de las huestes enemigas o pugnantes de nuestra libertad, expulsadas del territorio por el hercúleo y valeroso brazo de los egregios tutelares patrios, audaces galanteadores de la muerte, a la manera como el angel justiciero lanzó al primer hombre de la bella mansión o delicioso Eden: y el asta o varilla vertical que lo iza o lo sostiene, símbolo es de la acerada lanza cuyo filo, a semejanza del nudo gordiano en la Frigia del Asia conquistada, tajó el dominio Colonial ibero en el Imperio de los Zipas y de los Incas; lo cubrió con el vistoso multicolor de la paz e Iris de la República; y enarboló con él el regio estandarte de la sublime libertad en el mundo de Colón.

Al hacer, señores, la apodictica relación del justificado noble sentimiento que hoy embarga, y en la ficción del cinerario altar, cúmulo hecatómbico o nacional mausoleo, unifica o consolida, por ético concepto y erotismo patrio a todo pecho colombiano; hice referencia o alusión a la grata comisión o encargo que una corporación o profesorado escolar me había confiado: más los merecimientos de esa nueva institución lectiva, hacen insuficiente su simple enunciación, y exigen, por lo mismo, alguna liviana apología siquiera.

Hija de creación o idea fecunda la aparición de este claustro educacionista; su naturaleza, su misma didáctica expresión está diciendo los altos fines que lo predestinan en el campo o terreno intelectual. Su solo origen o institución es garante de las inherentes conclusiones en beneficio del pulimento o graduación mental; y si todavía la capacidad del simpático plantel no es universitaria, no está formada para escalar la verdadera altura civilizadora

o de aspiración en la juventud llanera; si es posible trasluir ya en él, por que es diáfana su índole, una fuente o seguro manantial del porvenir, un desbroce evolutivo del mañana bastante augurador en la región: desde que el desarrollo o verificación de los grandes problemas o acontecimientos humanos, se conecta, cuega o pende de hilos invisibles, al modo o forma de como el Supremo Ordenador del mundo y lo infinito, se oculta bajo el átomo, bajo la mas mínima expresión, para realizarse luego y hacerse ostensible en el conjunto excelso.

No olvidemos que a ese mismo trasluz, que a esa misma visualidad, alcances de ciencia infusa o percepción ideológica, se debe y deberá siempre, todo lo maravilloso que contemple la historia universal: que esa misma clarividencia o concepción ingeniosa de la mente, realizó la fotografía, la impresión pulida y luminosa que de la imagen hoy trasmite la gelatinosa plancha opaca de Niepce o de Daguerre; que entregó a Arquimedes el principio fundamental de la hidrostática, condición del equilibrio en los líquidos aplicado también a los gases, con el peso específico de los cuerpos en sumersión; que inspiró en el silencio de los monasterios el procedimiento de la movable y rápida composición tipográfica, de esas proyecciones o telescopio del alma, de ese espiritualizador del mundo, o sea la imprenta, ensayada desde antaño por la esteotipia china y solucionada por Gutenberg sobre las oportunas revelaciones de Koster el holandés; que auxilió a Copérnico en el sistema heliocéntrico y en los movimientos simultáneos de la tierra; a Magallanes y a Elcano en sus atrevimientos náuticos y en la expedición circunferencial de nuestro planeta o globo terráqueo; a Jansen en el instrumento dioptrico o sea el microscopio; a Kepler en la corrección de los sistemas Copérnicos; a Galileo en la graduación de la energía, por medio de las oscilaciones del péndulo, en el compás de proporciones, en la caída de los cuerpos y en la persecución del telescopio; a Giorgia en la imantación mecánica y artificial de la brújula; a Newton en el principio de la gravitación universal o cosmología y en las leyes de la óptica; a Franklin en el arranque de la electricidad atmosférica por medio del para-rayo; a Montgolfier en la rarefacción del aire para los globos aerostáticos; a Fulton en la prodigiosa combinación de la náutica y el vapor; a Galvani en los estudios del fluido perfeccionados por Volta; a Humboldt, en las inclinaciones o tendencias por la herborización y en la teoría sobre la irritabilidad de las fibras musculares activadas por el agente físico o eléctrico; a Stephenson en los efectos o facultades del gas en la locomotora; a Faraday en la magneto-eléctrica inducción, base primordial del hilo conductor del pensamiento y de la luz; a Morse, en la trasmisión instantánea del vocablo, o sea la